

# LA HABANA DE BERNAL DIAZ: LA MEMORIA COMO TRANSGRESION

POR

TOMAS ELOY MARTINEZ

*University of Maryland*

Cuando Bernal Díaz del Castillo escribe su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, entre 1553 y 1575, La Habana no es ya la aldea inestable, insignificante y movediza que asoma en los primeros veinticuatro capítulos del texto sin reaparecer después (salvo al final, como encrucijada oscura en el destino de algunos capitanes). Han pasado dos décadas. De mero almacén de provisiones se ha convertido en un lugar de poder. ¿Para qué describirla, entonces, si el lector del presente sabe de qué se trata? En un relato cuyo centro es México, el autor pareciera no conceder a La Habana otra función que la de simple referencia.

Y, sin embargo, la clara identificación entre autor y narrador que hay desde el comienzo mismo del relato imponen un sutil movimiento en esa estrategia. Uso la idea de identificación en el sentido que le asigna Philippe Lejeune en *Le pacte autobiographique*<sup>1</sup>: yo viví esta historia, yo la estoy narrando, estos hechos me pertenecen. La escritura de Bernal Díaz se sostiene siempre como acto a la vez que como obra. Para que la historia sea verdadera es preciso que el autor la posea como vida, y que esa vida se publique. El deseo de eternidad (que Bernal Díaz presenta como deseo de reivindicación) reposa sobre esta esforzada «pasión del nombre propio». La verosimilitud encuentra su razón de ser en el yo narrador. No es un yo cualquiera en este caso. Es un yo que se

---

<sup>1</sup> Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (Paris: Éditions du Seuil, 1975), p. 33. «L'autobiographie est le genre littéraire qui, par son contenu même, marque le mieux la confusion de l'auteur et de la personne (...) D'où l'espèce de *passion du nom propre*, qui dépasse la simple 'vanité d'auteur', puisque, à travers elle, c'est la personne elle-même qui revendique l'existence».

precia de haber estado en todas partes, de haberlo visto todo, y que, por tanto, podrá también narrarlo todo. Será el único yo que posea tanto. Una vez más hay que citar el orgulloso alarde del primer capítulo:

Digo que ningún capitán y soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, unas tras otras, como yo; por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España <sup>2</sup>.

Es un yo único, pero no solitario. En lo que Bernal Díaz cuenta, luego de haberlo visto más que nadie, están todos los demás hombres de la conquista, envueltos por la placenta de su escritura; él, de algún modo, es todos: guardado por Dios «de muchos peligros de muerte (...) para que diga y declare lo acaescido en las mismas guerras» <sup>3</sup>.

¿Cómo se legitima esa omnipresencia? Una de las más interesantes estrategias del texto es la cuidadosa iluminación de los detalles. Ninguna nimiedad deja de ser registrada. Es como si, mientras navegara por un gran río, un naturalista se detuviese a observar las nervaduras de las hierbas que arrastra la corriente. Dentro de esa estructura omnívora, una Habana que es todavía ínfima para los historiógrafos, se torna plena de sentido en el dibujo narrativo de Bernal. El pobre almacén de tocino y cazabe va lentamente convirtiéndose en presagio de poder: lugar último donde Cortés, desbaratando las órdenes adversarias del gobernador Diego Velázquez, «manda sacar sus estandartes y ponellos delante de las casas donde posaba» <sup>4</sup>. Bernal Díaz caza en el aire cada respiración de la aldea, va poseyéndola con su ojo insaciable. No se trata ya tan sólo de refutar a Francisco López de Gómara, sino también de ocupar los espacios vacíos dejados por la *Historia de la conquista de México*, repitiendo en el texto el mismo proceso de apropiación de la empresa descubridora.

Lejeune y Northrop Frye coinciden en que toda autobiografía tiñe el pasado con la visión estructuradora del presente: el pasado aparece como un friso donde los hechos se encadenan y se suceden con un orden lógico. Cada episodio parece una consecuencia natural de otro. El ritmo espasmódico de la atención, el vagabundeo de la memoria, son borrados por la racionalidad de una escritura que va justificando todo. Ciertos incidentes adquieren, así, una significación o trascendencia de la que

<sup>2</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Madrid: Ediciones Sarpe, 1985), p. 31.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 100.

carecieron cuando se los vivió. No es la memoria la transgresora, entonces, sino la escritura de la memoria: esa escritura reconstruye el pasado, lo maquilla y, por tanto, lo traiciona. De ahí que ciertas miserias y desventuras de la empresa mexicana aparezcan impregnadas de heroísmo en el texto de Bernal Díaz: lo que las tiñe es la perspectiva de quien ya sabe, muchos años después, que esos tropiezos fueron parte de una gesta histórica. En la hazaña narrada se omiten el desconcierto, los azares y las desazones de la hazaña vivida: como si la historia hubiese respondido, paso por paso, a un plan perfecto.

En ese sentido, la función cumplida por La Habana es ejemplar: sitio de encuentro y abastecimiento durante los preparativos de la expedición a México, confín del mundo donde Cortés puede resistir las órdenes de apresamiento del gobernador Velázquez y desbaratarlas luego con cartas de servidumbre, la aldea mísera en la que se afincan Bernal Díaz antes de cada salida descubridora es al principio, cuando no existe México, el centro y la cifra del mundo. Allí, en La Habana, está todo: el refugio, los víveres, el reposo de los heridos, los navíos alistados. Pero después que se conquiste México, La Habana carecerá de sitio en las historias que empiezan a contarse. Será un mero puerto en el horizonte: para la gloria de la empresa no tiene importancia el lugar desde el cual se salió; lo que vale es adónde se ha llegado. De ahí que al rescatar Bernal Díaz esa imagen desvanecida por el presente, reivindica no tanto la función histórica de La Habana en la conquista de México cuanto su infalibilidad como testigo: él sabe cómo empezó todo, él estuvo allí cada vez que la verdadera historia sucedió.

En el relato de Bernal Díaz, La Habana es un lugar de paso, pero también de transgresión y marginalidad: es la villa antípoda de Santiago, donde se asienta el poder legítimo. En La Habana se habla, sobre todo, de lo que pasa en Santiago; es el confín donde reverberan los chismes de la capital lejana: si éste viene, aquél se va, si se han visto pasar tales o cuales caballos. Las intrigas, los favoritismos, los informes enviados a los Reyes se cocinan en Santiago o en Trinidad. En La Habana no se tocan esos instrumentos: sólo se los oye resonar. La llegada de Cortés pondrá fin a ese papel vicario.

Ciertos énfasis del texto son significativos: la aldea es criadero de puercos, almacén de tocino y de algodón; la medida del valor y de la destreza de ciertos hombres, en la extensa enumeración con que termina el capítulo 23, está dada por el caballo que monta. Cuando no es así, la suerte está sellada por el caballo: el castaño zaíno de Cortés «se le» morirá en San Juan de Ulúa; el overo de Baena «no salió bueno para cosa ninguna». Hay caballos con más de un dueño: la yegua alazana

de Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila, «muy buena, de juego y de carrera», es tomada al fin por Alvarado, no se sabe si comprándola o por la fuerza; y el caballo oscuro al que llamaban el Arriero, «uno de los buenos que pasamos en la Armada», es compartido por Ortiz el músico y por un tal Bartolomé García, «que solía tener minas de oro». Lo que sucede en ese momento con los caballos parece —salvo en el caso de Cortés— más memorable de lo que sucede con los hombres. Los soldados son desvestidos de su anonimato sólo para que Bernal Díaz pueda evocar el caballo que montan: aquél iba en uno que «no fue bueno para cosa de guerra», el otro en una «yegua machorra que corría poco». Del hombre hay pocas marcas: el rastro de la guerra que se avecina se desplaza hacia la montura. Un juego especular con el tiempo se abre en ese punto del relato: la suerte última de los soldados ha sido entrevista por Bernal Díaz a intervalos fugaces, como quien entreabre una puerta y curioseea distraídamente en el futuro. En algún momento el lector ha visto llegar a Francisco de Montejo, quien «después de ganado México fue adelantado gobernador de Yucatán», o al mayordomo Cristóbal de Guzmán, a quien apresará Guatemuz. Pero cuando llega la hora de mentar a los caballos, el destino de los hombres se inmoviliza: una vertiente nueva se abre en la historia. Los soldados pertenecen en ese punto a un lugar sin tiempo, o mejor dicho, navegan uncidos al tiempo de los caballos. Los caballos salieron buenos, o corredores, o bien revueltos. Los hombres, en cambio, no tienen atributos.

Bernal Díaz sugiere entonces una explicación: en La Habana «no se podía hallar caballos ni negros (esclavos) si no era a precio de oro, y a esta causa no pasaron más caballos, porque no los había ni de qué comprarlos»<sup>5</sup>. No es la causa única. Para Bernal Díaz, el caballo es signo de movimiento, de acción, de batalla, de fama. Sabe ya, cuando está narrando los sucesos de La Habana, que habrá de ser el caballo uno de los arietes que derribe las puertas de México. Es importante entonces que en la Habana, punto de salida de la empresa, el caballo comience a cumplir su función simbólica. El poder está en otra parte, en Santiago y en Trinidad, pero es en La Habana donde se fermenta la historia. Las órdenes y los chismes vienen de la capital; la fama, en cambio, pasa por las corrientes sanguíneas de la ínfima aldea. Se la ve despuntar en el almacenaje de víveres, en el apronte de los navíos, en los pregones de Cortés. Varias veces insiste Bernal Díaz en la idea de que Santiago y Trinidad son lugares de tedio. Al empezar el capítulo 23 añora:

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 102.

Después que Cortés vio que en la villa de la Trinidad no teníamos en qué entender, apercibió a todos los soldados que allí se habían juntado para ir en su compañía (...) hasta la Habana...

Y en el primer capítulo, hablando de Santiago, evoca los tres años que pasaron desde su llegada, sin que él o sus compañeros hubieran «hecho cosa que de contar sea». El concepto de la urbe americana comienza entonces a vincularse no sólo ya con el concepto de poder, sino también con el concepto de hacer. El poder irá deslizándose de las manos de quienes ordenan escribir la historia, pero no la hacen a la de aquellos que, haciéndola hoy, la escribirán más tarde. A través del relato de Bernal Díaz, La Habana establece, un tanto premonitoriamente, el arquetipo de las urbes devoradoras, móviles, que aparecerán en el horizonte del siglo xx: villas que se alimentan de aldeas lejanas, que se desplazan, que no siempre están donde parecen estar. En el caso de La Habana no sucede tan sólo la mudanza del asentamiento originario (fenómeno para nada raro en la etapa inicial de la colonización, cuando la insalubridad o impropiedad del lugar elegido por el primer fundador de la aldea se ponía de manifiesto sólo años después). También se advierte una extravagante tendencia al nomadismo.

Ya hacia fines del primer capítulo, Bernal Díaz habla de una Habana que devoró a otra:

... un puerto que se dice e nombra en lengua de indios Axaruco, en la banda del norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenían poblada, que se decía San Cristóbal, que desde ha dos años la pasaron adonde agora está poblada la Habana<sup>6</sup>.

Y en el octavo capítulo alude a la dificultad de situarla:

... un puerto que se dice de Matanzas, que está cerca de la Habana vieja que en aquella sazón no estaba poblada la villa donde agora está, y en aquel puerto tenían todos los más vecinos de la Habana sus estancias<sup>7</sup>.

La ciudad existe poco o existe difusamente en el texto también porque la memoria de Bernal Díaz no sabe bien cómo cazar su imagen. Esa ciudad que en el presente desde el cual narra es tan nítida, con un régimen de lluvias y un perfil de murallas tan definidos, no era en el tiempo de la narración sino una huella de las voces de los hombres: algo que se iba moviendo al compás de los sueños de Cortés.

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 56.

¿Y Cortés mismo? ¿Cómo es el retrato que Bernal Díaz registra de él en esa Habana tan inasible? Es, poco más o menos, el de alguien que se contempla por última vez en un espejo. Dentro de un reino textual marcado por la virilidad, por el énfasis en adjetivos como *esforzado* y *valeroso*, el autor —que todavía se maneja con el código de los caballeros andantes, y a quien hemos visto en el primer capítulo rechazar al gobernador Diego Velázquez una dádiva de indios esclavos para no mancillar su honra— describirá a Cortés como a un héroe caballeresco velando armas y ganando el favor de su dama antes de salir al combate:

se comenzó de pulir y ataviar su persona mucho más que de antes, y se puso su penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro, y una ropa de terciopelo, sembradas por ellas unas lazadas de oro, y, en fin, como un bravoso y esforzado capitán. Pues para fazer aquellos gastos que he dicho no tenía de qué, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda y sacaba oro de las minas; mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado<sup>8</sup>.

En este punto se torna ya evidente la transgresión de la memoria. Es aquí donde la escritura crea, en el sitio del pasado histórico, una suerte de pasado ideal: donde el pasado se tiñe de veras con la visión estructuradora (y maquilladora) del presente desde el cual está narrando Bernal Díaz. Porque en ese retrato de Cortés, del cual el autor ha borrado por completo toda brizna del afuera, en ese retrato donde no hay Habana ni navíos ni soldados aguardando para el viaje, el capitán asoma solo, ataviándose, acentuando día tras día el oropel de sus adornos, ante un autor que finge estar allí, sólo para que el lector sienta que ha estado en todas partes. El valor simbólico de la figura humana, a la que hemos visto desdibujarse ante el valor simbólico del caballo, se impone, sin embargo, a la imagen de la urbe. En el principio de esta historia, en la que se van sembrando ciudades por el camino, advertimos que la ciudad de partida (y La Habana es el ejemplo madre) era, sin embargo, el último elemento, lo que menos importaba.

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 89.